



## NOTA SOBRE LA CURVATURA DEL QUERER

**Jorge Mario Posada**

El tratamiento de la voluntariedad y de la voluntad que se torna viable a partir del planteamiento de Leonardo Polo es inevitablemente complejo, puesto que se aparta de la comprensión corriente, también en filosofía, sobre esos asuntos. Cabe destacar los siguientes extremos [\[105\]](#).

De entrada, la prioridad de la actividad intelectual con respecto a la voluntaria y a la propia voluntad no se reduce a prioridad de la potencia intelectual sobre la voluntaria, en vista de que esas dos potencias del alma humana, o que son el alma, tampoco son prioritarias con respecto a la actividad intelectual: una y otra son, por así decir, “constituidas” de acuerdo con cierto acto de inteligir. En esa medida, son potencias posteriores, si no en tiempo, sí en cuanto a su realidad y a su noción, con respecto a actos intelectivos; de ahí que puedan llamarse potencias *nativas*, más bien que naturales, pues se siguen de la esencia de la persona humana, no sin más de la naturaleza orgánica individual asumida en esa esencia, aunque “nacen”, si cabe hablar así, cuando esta naturaleza es recibida en la esencia humana.

Aún más, si bien la potencia voluntaria es involucrada en cualquier actividad de querer, también cuando se trata de hábitos, es decir, de virtudes, la potencia intelectual sólo concierne a las operaciones objetivantes y a los hábitos intelectuales adquiridos, que se resumen en el hábito de ciencia, mas no al inteligir como acto de ser ni al hábito de sabiduría como hábito innato, solidario con el inteligir personal, así como tampoco a los hábitos nativos de intelecto y de sindéresis, que dependen del de sabiduría.

La intelección del bien como otro que el ser o *posible de ser* compete al hábito nativo de sindéresis, como ápice de la esencia de la persona humana, según lo que equivale a una apertura intelectual, irrestrictamente ampliable, “guardada” en esa esencia en calidad de capacidad o facultad volitiva, o voluntad.

De acuerdo con esa apertura intelectual se instaura cierta “relación trascendental” de la voluntad con respecto al bien, a manera de condición potencial meramente pasiva respecto del intento del bien en concreto, y que de inmediato es “activada” de acuerdo con el acto voluntario nativo o primordial, cifrado precisamente, antes que en querer un bien, en *querer querer* el bien de acuerdo con la ampliabilidad irrestricta que

le compete según la noción de otro que el ser o posible de ser, en lo que se cifra la curvatura de la voluntariedad.

El acto nativo de querer querer el bien de acuerdo con la irrestricta ampliabilidad del bien equivale a *querer querer más bien* y, así, a *querer querer más*. En virtud de este acto nativo, que acompaña de inmediato a la voluntad, ésta no es sin más capacidad o facultad, sino asimismo potencia voluntaria propiamente dicha.

Precisamente porque al cifrarse en la guarda de la intelección del bien como posible de ser la voluntad es una capacidad puramente pasiva, demanda constituirse como tal potencia: su potencia debe “activarse”, o tornarse poder. Y en tal activación vige asimismo la precedencia de la actividad intelectual, pues en su vertiente práctica, la *sindéresis* equivale a entender que el bien sólo puede ser querido en la medida en que se deja abierto quererlo más, ya que como otro que el ser es irrestrictamente ampliable. De ese modo el tema de la *sindéresis*, según el primer imperio de la intelección práctica, no es tanto el que tradicionalmente se formula: «haz el bien y evita el mal», sino «haz siempre más bien», «haz el bien de manera que se pueda lograr siempre más bien»: el mal sería entonces, impedir más bien, detenerse el querer en algún bien, cerrando la posibilidad de más bien. Desde luego que si se conoce el bien, hay que perseguirlo; pero eso no basta: hay que proseguirlo abriendo siempre la posibilidad de más bien. Tal es la índole de la activación nativa de la voluntad, en la que se manifiesta la condición de la propia voluntad, es decir, que equivale a la verdad de la voluntad.

Y con ese acto voluntario nativo puede equipararse el *simplex velle* de que habla santo Tomás: querer no tanto un bien, cuanto más bien, y, por eso, querer querer más.

En definitiva, de acuerdo con la intelección del bien como otro que el ser, irrestrictamente ampliable, es suscitada por la *sindéresis* no sólo la voluntad, y guardada en la esencia humana como facultad volitiva, sino además el acto voluntario primordial, que nativamente acompaña a la voluntad, como acto de querer querer más bien y, así, de querer querer más, de manera que en tal suscitación estriba la inicial curvatura de la voluntad, y que nunca falta en las voliciones consiguientes, que son actos voluntarios y no meramente instintivos en la medida en que son “investidos” por el querer nativo. De modo que lo primero que mediante la voluntad se quiere es querer, pero no sin más, sino que se quiere querer más bien y, por eso, querer más. De donde la voluntariedad es curva por su peculiar condición intelectual.

Todavía de otra manera puede entenderse curva la voluntariedad en vista de que el entero desarrollo racional del querer “repercute” sobre la potencia volitiva, ampliando su poder de acuerdo con las virtudes. Pero aun así no se quiere tan sólo incrementar el poder volitivo, sino abrir ese poder a más bien, esto es, a más otro que el ser o posible de ser. En esa medida, las virtudes voluntarias equivalen a un crecimiento de la voluntariedad nativa, es decir, de la curvatura de la volición. Por tanto, la curvatura de la voluntad se extiende desde su inicio a toda la actividad voluntaria, pues al querer un bien en tanto que abierto a más bien, el querer se potencia.

Así pues, en virtud de su propio carácter intelectual, es decir, de acuerdo con la intelección del bien en su irrestricta ampliabilidad como otro que el ser, la voluntad es no menos nativamente activada según el querer primario. Pero ha de dirigirse además hacia bienes concretos, racionalmente discernidos o, al menos, sensiblemente conocidos.

Mas la prioridad del inteligir sobre el querer es pertinente no tan sólo en el desarrollo racional de la actividad voluntaria, esto es, en el querer electivo o según la decisión racional, sino también en la instancia nativa de la voluntariedad e incluso en la propia potencia voluntaria, en la medida en que esa instancia nativa de lo voluntario se corresponde con la intelección del bien como *otro que el ser* que es posible aportar a éste.

\* \* \*

La dualidad del querer-querer en la actividad voluntaria, puesta en claro en filosofía por Nietzsche, pero con antecedentes en santo Tomás de Aquino, estriba no sin más en querer querer, sino en el acto de querer-querer-más, equivalente a la voluntariedad nativa, y que no es independiente de la intencionalidad volitiva con respecto al bien [\[106\]](#).

Sin embargo, ese acto dual no involucra dos actos voluntarios, sino uno solo, de modo que, paralelamente, es acto de la voluntad sin separarse ésta de la sindéresis o, más propiamente, acto de la voluntad en virtud de la sindéresis. La volición nativa no es sólo el primer miembro de esa dualidad expresada de manera general como querer querer, sino la dualidad entera: querer-querer-más .

La voluntariedad nativa es manifestación, o “verdadar”, de la voluntad, y ésta, a su vez, la guarda esencial de la luz iluminante, desde la sindéresis, según la que se suscita la apertura irrestricta al bien en tanto que otro que el ser, o según la que se deja abierto lo otro que el ser en su irrestricta ampliabilidad, y de acuerdo con la que eso otro que el ser, el bien, es trascendental, un trascendental del ser cuya conversión con éste es peculiar, pues no equivale sin más a él, sino a lo otro que él en tanto que puede ser ideado e intentado: querido.

De otra parte, la dualidad del querer en el acto de querer-querer-más corre entera a cargo de cualquier acto voluntario respecto de bienes concretos en la medida en que ese acto es investido o transido por la volición nativa. De modo que al admitir el querer-querer-más como acto inserto en el querer bienes concretos, tampoco se ha de asignar el primer querer a la volición nativa y el segundo a la racional; en lugar de ello se ha de sentar que la voluntariedad nativa estriba en querer querer, tan sólo en tanto que cifrada en querer querer más y, por eso, en querer querer más bien, mientras, paralelamente, la voluntariedad racional involucra la voluntariedad nativa en la elección e intento de cualquier bien, que no sería querido, sino meramente apetecido, si no incluyera el querer querer más bien comportado por el querer querer más.

Desde luego la curvatura de la voluntad no conlleva ninguna reversión en el acto volitivo, o de él, ni que con el acto de querer se quiera el propio acto de querer. La

volición es curva no porque se “auto-quiera”, sino porque es inviable sin querer querer más; de lo contrario se reduce a tendencia hacia el fin natural.

No obstante, cabría tomar el querer-querer, siempre y cuando sea querer querer más y, por eso, más bien, como cierto acto “reflexivo”, mas no hacia atrás, como acto retroflexivo, sino, por así decir, “hacia adelante”: hacia más querer, no hacia el querer con el que ya se quiere. La “reflexión” voluntaria equivaldría así al poder volitivo, de modo paralelo a como la “reflexión” cognoscitiva, sin estribar de ninguna manera en una vuelta atrás, comporta conciencia según el acompañarse intrínseco de la actividad intelectual por ser coincidente, dual, al avanzar, es decir, luciente.

La intelección de alteridad en el ser, o de bien, que corre a cargo de cualquier acto de querer, también del nativo y no sólo según la voluntariedad racional, no prohíbe, sino que requiere, que la intencionalidad volitiva de cualquier bien sea siempre a la par volición de querer querer más de acuerdo con el querer nativo, puesto que querer querer más equivale a querer querer más bien.

\* \* \*

Además, al ser investido por la volición nativa, cualquier acto de querer incluye asimismo la sindéresis, sin que ésta deba intervenir ulteriormente para constituir el acto voluntario, aunque sin excluir tampoco que la sindéresis englobe siempre en su creciente claridad el dinamismo esencial voluntario, y que esa iluminación, a través del querer nativo, redunde y dé razón de la plural virtud volitiva.

En consecuencia, la sindéresis estriba en querer o, mejor, en *querer-yo*, sólo en la medida en que a través de la voluntad que ella suscita en la esencia humana, se vierte en volición nativa, y ésta es involucrada en cualquier acto de querer racional. De ese modo se destaca la índole constituyente de la sindéresis en tanto que *querer-yo*, distinta de su índole sólo iluminante como *ver-yo*, y sin equipararla con algo distinto de la iluminación esencial, por ejemplo, con un impulso o pulsión.

Por su parte, la potencia voluntaria o voluntad es una potencia pasiva en tanto que se cifra en la guarda de la iluminación esencial del bien irrestricto en tanto que otro que el ser, pero que “pasa” de inmediato a acto, no de manera espontánea ni “impulsiva”, sino en virtud de la iluminación esencial desde la sindéresis según la que es suscitada.

La sindéresis activa a la voluntad, además de suscitarla, justo en la medida en que la suscita como apertura irrestricta de la esencia humana al bien en cuanto que otro que el ser; apertura que de inmediato se vierte en el imperativo, de entrada cumplido, de querer querer más, esto es, querer querer más bien, en el que estriba la voluntariedad nativa, que en esa medida se distingue respecto de la voluntad según el carácter de acto primigenio suyo, y que, además, acompaña cualquier otro acto voluntario: si un bien no se quiere queriendo querer más, en rigor no se quiere, sino que a él se tiende, y, entonces, no ya como bien sino como mero perfeccionamiento natural. El carácter de pura potencia es de sólo la voluntad, no de la volición nativa, aunque ésta acompaña inescindiblemente a aquélla.

En la medida en que la sindéresis suscita la voluntad y ésta se vierte nativamente en querer querer más o querer querer más bien, es decir, acto volitivo primordial que se involucra en los ulteriores, decididos, o que comportan elección e intento de bienes, la sindéresis equivale a *querer-yo* sin que sea preciso que a ella se atribuya un acto de querer con independencia de la voluntad y de la voluntariedad nativa. Por así decir, la sindéresis es *querer-yo* no a solas, o no “antes” de suscitar la voluntad y, en ella, la voluntariedad nativa.

La sindéresis es *querer-yo* no porque comporte un acto de querer, entre otros que ulteriormente competan a la voluntad, sino porque, además de ser luz iluminante según la que son suscitadas las luces que son los hábitos y las operaciones intelectuales, y según la que esas luces son de *ver-yo* lo que dan a ver —mas sin que la sindéresis se entrevere en esos actos y con ella el yo o, menos aún, la persona—, es luz iluminante que constituye la voluntad al suscitarla de acuerdo con la guarda esencial de la iluminación del bien en su ampliable irrestricción como otro que el ser, y, por tanto, entreverándose en la voluntad; y que, con la voluntad, constituye el acto primordial de querer, el nativo, es decir, entreverando en él la voluntad y, con ella, entreverándose la sindéresis en ese acto de querer querer más o querer querer más bien, mientras a la par, con ese acto constituye los demás actos voluntarios, los racionales, entreverando la volición nativa en ellos.

De ese modo, la sindéresis constituye la voluntad y lo voluntario como *agolpándose*, crecientemente, en los actos posteriores, según lo que son actos de *querer-yo*, en los que el yo y, con él, la persona, se *compromete*. En virtud de la sindéresis el yo constituye el querer, a diferencia del mero ver; y a su través —a través de la sindéresis— la persona se compromete según el yo en su querer, también a diferencia del ver solo.

\* \* \*

Por otra parte, aunque la voluntad en tanto que suscitada por la sindéresis es una potencia nativa en la esencia humana —aparte de natural en tanto que asume, elevándola, la “dimensión” tendencial del psiquismo del hombre—, no equivale sin más a la voluntariedad nativa, que es un acto de querer, el primigenio, y que acompaña inescindiblemente a la voluntad. Por eso el querer nativo no es pasivo, sino potente: el poder de la voluntad o poder voluntario.

De ahí que se pueda equiparar el querer nativo con querer-poder, si por poder se entiende no sin más querer, sino querer-más y, por eso, querer-más bien: querer poder equivale a querer querer más o querer querer más bien. Y la voluntariedad puede equipararse así con el poder humano sobre el bien.

Por eso, además, el poder humano sobre el bien es libre y no sólo liberado —como las tendencias—, aparte de que desde luego puede ser vehículo del amar, es decir, puede ser ofrenda donal, amor, don.

Paralelamente, de Nietzsche se acepta que el querer sea siempre querer el querer, según lo que comporta querer querer más. Pero Nietzsche no acepta que el querer sea

en rigor querer el bien, incluso cuando es querer querer más, pues querer querer más equivale a querer querer más bien. Nietzsche tampoco sostiene que el poder es sin más poder el bien, sino poder querer más [\[107\]](#).

[\[105\]](#). Se glosan indicaciones de Juan A. García G. (Cf. *Nota sobre la recepción de Nietzsche en el ámbito poliano*, en «Miscelánea poliana» 3 (2005), Revista en [www.leonardopolo.net](http://www.leonardopolo.net)).

[\[106\]](#). A continuación se glosan indicaciones de Juan F. Sellés (Cf. *¿Es curva la voluntad?* En «Studia poliana» 7 (2005) 241-249).

[\[107\]](#). Al terminar la *Genealogía de la moral* escribe Nietzsche que antes quiere la nada que no querer.